

# Spinoza y la alegría de lo necesario

FERNANDO SAVATER

"No lo turba la fama, ese reflejo de sueños en el sueño de otro espejo, ni el temeroso amor de las doncellas. Libre de la metáfora y del mito labra un arduo cristal: el infinito mapa de Aquél que es todas Sus estrellas". (Borges.)

Si no fue el mejor de los hombres, calificación que incurre en una vacua hipérbola, sin duda fue lo más parecido que históricamente se ha dado a ese ideal de hombre perfecto con que el tedio de los intelectuales suele a veces soñar. Y, sin embargo, también a él, limpia hipóstasis de la coherencia, le devoró la (¿aparente?) contradicción: amable y dulce de natural, acumuló en su contra odios desmedidos; descreyó radicalmente de los prestigios de la nombradía, pero llegó a padecer una fama tan escogida como peligrosa; su ética no tuvo otro mandamiento que la alegría y, sin embargo, de su pensamiento se desprende un aura profundamente melancólica; abolió la insulsa contraposición entre espíritu y materia, atributos ambos de una única sustancia absoluta, sólo para que siglos más tarde fuese tomado por espiritualista o por materialista por quienes se niegan a escuchar lo más hondo de su lección. Ante todo fue un desterrado, es decir, un auténtico judío. Desterrados también sus padres, en primer término, judíos Espinosas de raíz ibérica (saber si eran portugueses o españoles es una de esas variedades nacionalistas que Spinoza condenó y que, empero, suelen fascinar a sus exégetas). Exiliado luego de la ortodoxia rabinica: tanto por sus maestros y modelos de independencia espiritual, aquel Uriel da Costa que negó la inmortalidad del alma y murió suicida, tras haber sido excomulgado, o aquel doctor, Juan de Prado, también anatematizado, por repudiar la necesidad de la fe, como por su propia postura de intransigente racionalismo que le hizo ser expulsado de la sinagoga con los más atroces pronunciamientos y casi apuñalado por un fanático. Fugitivo luego de la ciudad de La Haya en que vivía, cuando su protector, Jan de Witt, republicano y racionalista, es asesinado por las turbas populares, reaccionariamente fieles a la monarquía orangista de estrecho calvinismo. Y siempre condenado al exilio del silencio, del secreto, para no atraer físicamente

sobre su cabeza las iras que los curas cartesianos de toda Europa habían desatado contra sus ideas, especialmente a partir de la publicación de su "Tratado teológico-político". Pero él reservaba toda su exigencia (aquí sí, grandiosa, infinita) para su pensamiento; en su vida cotidiana se contentaba con lo más frugal, y no quiso posesión ni goce que fuesen mínima ligadura. Humildes pensiones para vivir, ningún amor, pocos amigos, sin otros ingresos que los que le venían de su oficio de pulidor de lentes o alguna donación de un admirador acomodado, de la que rechazaría en cada caso la mitad o las tres cuartas partes si le parecía excesivamente rumbosa. No tuvo otro honor que el de merecerlos y rechazarlos todos: Leibniz fue a visitarle en secreto, peregrino admirado y hostil, pero luego negó haberle visto siquiera, mientras que él no le dio al asunto mayor importancia; se le ofreció

una cátedra sustanciosamente dotada en Heilidelberg, que no le mereció más que una negativa impertertable y cortés: "No habiéndome nunca sentido tentado por la enseñanza pública, no he podido decirme, pese a haber reflexionado largamente, a aprovechar esta magnífica ocasión". Su cuerpo pequeño, frágil, moreno, de enormes ojos penetrantes y manos que Borges conjeturó "translúcidas", fue minado lentamente por la tuberculosis: nunca le sobró salud, pero en cambio abundó en auténtica vida. Baruch de Spinoza sólo llegó a habitar cuarenta y cinco años entre los hombres, pero a partir de ese febrero de 1677 en que murió, los hombres ya nunca deshabitarán del todo el orbe de símbolos que fabricó.

Spinoza comenzó su trayectoria teórica con varios exámenes de los principales problemas filosóficos que interesaron a Descartes, así

como de las soluciones más o menos satisfactorias que éste les dio. El centro de la cuestión residía en la posibilidad tan deseable de una reforma positiva del entendimiento, la conquista de un camino ordenado y seguro para la mente. Los hombres se debaten miserablemente en la superstición, el terror, el dogmatismo y la jactancia; incapaces de pensar rectamente, incluso incapaces de desear realmente pensar en libertad, deben someter su ignorancia a las castas sacerdotales que manipulan los libros sagrados y plegar su independencia bajo los dictados interesadamente irracionales de la tiranía. La razón es denostada, porque ni tiembla ante los fantasmas, ni halaga el desenfreno de las pasiones ni adula o fomenta la prepotencia del poderoso. En realidad, las propuestas cartesianas para la instauración de un nuevo *ordo mentis* son tímidas e insuficientes; Spinoza nunca fue realmente cartesiano. Sus verdaderos intereses nunca fueron, como los de Descartes, de orden fundamentalmente cognoscitivo, científico; si Spinoza indagaba por un nuevo *ordo mentis*, era para conseguir por este medio un nuevo *ordo mundi*. En esta línea, Spinoza compuso su "Tratado teológico-político" para "demostrar que la libertad del pensamiento filosófico no sólo es compatible con la piedad y la paz del Estado, sino que es imposible destruiría sin destruir al mismo tiempo esa paz y esa piedad". Pero en verdad esta obra incomparablemente libre y audaz fue todavía mucho más allá en sus logros que en sus propósitos; no sólo examina desde una perspectiva decididamente racionalista la Biblia, realizando de los portentosos sucesos que cuenta y de las exégesis sacerdotales que de ellos se han hecho una crítica ilustrada mucho más vigorosa y sutil de lo que un siglo más tarde se permitiría Voltaire, sino que también plantea algunos interrogantes fundamentales sobre la condición humana y sus servidumbres. ¿Por qué la religión que se supone basada en el amor y el contento interior fomenta la hoguera intolerante, la guerra y el remordimiento más misero y triste? ¿Por qué los hombres temen a su libertad y se refugian complacidos en la esclavitud? ¿Por qué escuchan con mayor



Spinoza, por Vázquez de Sola.

# Spinoza

aprobación a quien rebaja y envilece su estancia antes que a quien aspira a independizarnos y exaltarlos? ¿Por qué la sinrazón es vivida con agrado y facilidad por quienes deberían sentirla como abrumadora carga? Cuando habla de la paradójica tentación que tienen los hombres a luchar por su esclavitud con el celo que deberían poner al enfrentarse contra ella, Spinoza enlaza con una línea de razonamiento liberador que comienza en la modernidad con el "Discurso sobre la servidumbre voluntaria", del admirable adolescente Etienne de la Boetie. Decididamente republicano, como sus protectores, los hermanos De Witt, atribuye esta alarmante malformación moral a los intereses del régimen monárquico: "El gran secreto del régimen monárquico y su interés profundo consisten en engañar a los hombres, disfrazando con el nombre de religión el temor con el que los esclavizan, de tal modo que combatan por su servidumbre cuando crean luchar por su salvación". Como Spinoza concluye en su libro, no sólo la razón tiene prioridad sobre cualquier forma de Revelación, sino ésta es precisamente la auténtica Revelación, emancipadora y no esclavizadora, la que guarda y proclama los derechos de lo verdaderamente sagrado. El último capítulo del "Tratado teológico-político", uno de los libros más ferozmente odiados y prohibidos de la modernidad, se titula: "En el que se hace ver que en un Estado libre es lícito a cada uno, no sólo pensar lo que quiera, sino decir aquello que piensa".

Pero ya incluso antes de redactar su "Tratado", obra más polémica y ensayística, si se me permite hablar así, había comenzado Baruch de Spinoza la edificación de su gran monumento intelectual, esa asombrosa y blanca catedral de conceptos titulada "Ética demostrada según el método geométrico". En un verso prodigiosamente exacto, Borges acertó a describir tal método geométrico, en el que reside sin duda buena parte de la extraña belleza de la obra: "Libre de la metáfora y del mito". Ciertamente, pocos esfuerzos tan denodados se han hecho en filosofía por deslindar el discursar razonador del contagio con la imaginación poética. A lo que aspiró Spinoza en esta obra total es ni más ni menos que a responder a este interrogante: "¿Cómo llegar a ser adecuadamente consciente de sí mismo, de Dios y de todas las cosas?". Si llegásemos a tal conciencia adecuada, los tiranos ya no podrían manipular nuestros temores ni orientar nuestras supersticiones, nos veríamos libres de los agobios del remordimiento y de los fatigosos zarandeos de la pasión y alcanzaríamos la auténtica libertad. Lenta y precisamente, con ardor glacial, el judío excomulgado

va dictando su lección emancipadora a los hombres oprimidos. En el Universo todo forma parte de una sola y única sustancia, todo lo que hay es una sola y única sustancia, a la que puede llamarse Dios o Naturaleza. De los infinitos e inconcebibles atributos de esa sustancia, sólo conocemos dos: el pensamiento y la extensión. Cada uno de esos atributos se manifiesta de diversos modos, mentes e ideas en el rango del pensamiento, cuerpos en el de la extensión. Entre ambos atributos hay correspondencia, no prioridad o subordinación. Todo lo que hay es cuerpo e idea y el simétrico paralelismo que hace corresponder unas y otros, los afectos de las unas y los otros, estriba en la condición misma del Dios-Sustancia que todo lo constituye y nada produce en uno de sus atributos sin producirlo tam-

capacidad de actuar y perseverar en el ser—, según ellas. En este sentido es en el que puede llamarse "liberadora" a una obra como la "Ética", que combate las aberraciones imaginativas de la mente. Otras ideas notablemente confusas son las de bien y mal, ligadas por lo común a nociones supersticiosas o equívocas, como responsabilidad, premio, castigo, deber, etcétera... Para Spinoza, es bueno todo lo que aumenta nuestra capacidad de actuar y malo lo que la coarta y disminuye; la forma de conocer lo que aumenta o disminuye nuestra actividad viene dada por los sentimientos de alegría o tristeza que acompañan nuestro comportamiento. Por primera vez en una ética poshelénica, la alegría no es la recompensa o la consecuencia del bien, sino la señal que indica qué es lo

Las pasiones provienen de ideas inadecuadas, imágenes confusas que no aumentan realmente nuestra capacidad de actuar, pues siempre permanecemos formalmente separados de ellas, nunca las dominamos en plenitud: nos condenan a la pasividad, de la que reciben su nombre. Frente a ellas (que en todo caso, tampoco pertenecen todas al mismo rango, pues hay pasiones tristes y pasiones alegres, siendo estas últimas al menos materialmente superiores, aunque no formalmente) se yerguen las auténticas acciones, en las que la potencia de actuar no sólo aumenta, sino que llega a ser concebida con perfecta adecuación. Las más altas alegrías corresponden a la acción más perfecta material y formalmente, la contemplación racional de la esencia divina, el amor intelectual a la Sustancia-Dios. Así se alcanza la beatitud, que, como nos dice al final de la obra, "no es la recompensa a la virtud, sino la virtud misma". Tal es el mensaje final de este judío inquietantemente sereno, que soñó con hacer al hombre libre a base de purgarle de la ilusión de la libertad y hacerle reconocer la fuerza de lo necesario. Paradoja que produce un malestar no menor, pese a su coherencia lógica dentro del sistema, que esa imagen que nos transmite el biógrafo Colerus del suave y dulce Spinoza arrojando moscas en las telas de araña y viéndolas debatirse bajo el abrazo de su voraz captora. "La cosa le producía tanto agrado que frecuentemente rompía a reír", añade Colerus. Risa extraña, turbadora, pero quizá más tonificante que los siempre explicables lamentos ante la crueldad del sino de todo lo viviente. Según Spinoza, "el hombre libre en nada piensa menos que en la muerte". La sabe necesaria, pero en cierto modo ajena a él, exterior a su naturaleza. Nuestro cuerpo está hecho para la vida y no se empapienta más que con la vida, pero necesita de muchos otros cuerpos para subsistir: un día u otro hace un mal encuentro y tropieza con un cuerpo con el que es incompatible, como le pasa a la mosca en la tela de araña... La mayoría de las virtudes tradicionales no tienen cabida en la ética spinozista, que no suele considerarlas más que formas inadecuadas de concebir la realidad de la acción. Rasgos como el arrepentimiento, el remordimiento, el sacrificio "para hacer méritos", etcétera..., le parecen auténticos obstáculos en el camino del hombre hacia su perfección. Como bien dijo de él Gilles Deleuze, resumiendo todo el ímpetu desconsoladamente brioso de su pensamiento en una frase: "Spinoza no creía en la esperanza ni siquiera en el coraje; no creía más que en la alegría y en la visión". ■

NOTA: El lector puede consultar en castellano la magnífica edición de la "Ética", de Spinoza, con prólogo y traducción anotada de Vidal Peña (Editora Nacional). Hay una reciente traducción del "Tratado teológico-político", debida a Angel Enciso, en Ediciones Sígueme.



Baruch de Spinoza: hacer al hombre libre purgándole de la ilusión de la libertad.

bién idénticamente en el otro. Muchos de los sufrimientos del hombre provienen de su propensión a formarse ideas inadecuadas bajo el imperio de la imaginación, que mezcla caprichosamente las ideas de diversos cuerpos, sin respetar la paciente concatenación causal que garantiza la nitidez del entendimiento. Una de esas ilusiones de la imaginación es la libertad, que se ve arbitrariamente unida a la voluntad en las ideas confusas, en forma de voluntad de elegir o de crear, incluso de inventar espontáneamente nuevos modelos de acción. Para Spinoza, la modalidad de todo lo que existe es la necesidad y sólo podría ser llamado libre el Dios-Sustancia, en el sentido de que es su propia causa y sólo en El mismo tiene su principio de actuación; pero al hombre le cabe un tipo de libertad no ligado a su voluntad, sino a su capacidad racional de formarse ideas adecuadas sobre lo necesario y orientar su conatus —su

bueno. Sería interesante hacer notar que Spinoza no retrocedió ante las consecuencias más extremas de esta doctrina. Así, por ejemplo, cuando su amigo Blyenbergh le pregunta qué regla de virtud podría esgrimirse contra alguien de naturaleza singular y monstruosa que hallase su gozo en perpetrar crímenes y entregarse a sus apetitos sensuales más inmoderados, o desearse suicidarse, Spinoza contesta valientemente: "Suponiendo que tal naturaleza pudiese existir, afirmo entonces que si alguien ve que puede vivir más cómodamente en un cadalso que sentado a su mesa, actúa de manera insensata si no se ahorca; y el que vea claramente que puede gozar de una vida o de una esencia realmente más perfecta y mejor cometiendo crímenes que ateniéndose a la virtud, sería también un insensato si no los cometiese. Pues respecto a una naturaleza humana tan perversa, los crímenes serían virtud".